

LA JUVENTUD LITERARIA

SE PUBLICA LOS DOMINGOS

Año IV.

Domingo 5 de Junio de 1892.

Núm. 111.

SUSCRICION: En Murcia, 50 cts. al mes. Fuera, 2 pesetas trimestre.—Anuncio-tarjeta y periódico 1 pta. al mes.

Redacción y Administración

APÓSTOLES 11. BAJO.

Colaboradores todos los suscritores. La correspondencia al director. Número suelto 15 céntimos.

La Juventud Literaria.

SUEÑOS

A LA BELLÍSIMA SEÑORITA
FUENSANTA ALBALADEJO OLMOS.

Soñaba, que un día paseaba por los alrededores de un jardín, que allá en mi fantasía, figurábase me ser muy parecido al de Murcia llamado de Florida-blanca, cuando acertó á pasar casi por mi lado un grupo de encantadoras jóvenes, desconocidas todas para mí, que alegremente se disputaban una flor que había cojido.

Yo seguía con la vista aquel grupo de bellísimas niñas, que más bien que mujeres, parecían en conjunto una banda de palomas: todas casi de la misma estatura, todas hermosas; en lo único que había variación era en las vestiduras: unas llevaban trajes azules y blancos, otras de diversos colores muy bonitos, pero entre todas sobresalía una que lo usaba encarnado con pintitas negras.

Poco á poco se fueron alejando de mí, y yo entonces las seguí, dobando la ligereza del paso hasta alcanzarlas para verlas el rostro.

A la distancia de dos pasos, ellas detrás de mí, caminaban, y así anduvimos un buen rato; ellas con su discusión, yo con la idea de no perderlas de vista.

En todas fijaba la atención, pero preferentemente en la del vestido encarnado, que me fué, á primera vista, más simpática y bella que las demás; pues tenía unos ojos... ¡qué ojo! y una barba, y una nariz, y una frente... y un todo... en fin, como el pensamiento quería que fuese; no era morena, nó, la veía blanquísima, más blanca que aquella hermosa flor que tanto deseaba cada una poseer.

En un momento quedó clavado en mi

corazon el retrato de aquella niña.

Todavía seguían la contienda de cuál de ellas se llevaría la flor.

Por mi imaginación cruzaron muchas ideas para acercarme á ellas é indicarles cuál había de ser la poseedora; pero en el acto que ya me decidía, acordaron unánimemente *echar pajas*, y en efecto, las echaron y vino á salir para aquella que yo lo deseaba, pues tocó en suerte la bellísima del traje encarnado.

Esta se hizo dueña de la flor en el mismo momento, y se la llevó al pecho, donde la colocó, prendida de un alfiler.

Ya había cruzado conmigo una mirada de fuego, y desde aquel mismo instante había quedado enamorado de ella.

Mucho me alegraba de que así fuese, y comprendía entonces que el corazon no engaña cuando se ama con el amor verdadero, á una persona. Pues yo me imaginaba que la flor había de ser para la ménos ambiciosa y más bien para la que la había cojido.

Aquella flor vino á parar á mi solapa; pues soñaba que al fin nos dirijimos una frase de amor, y que ella, en pago á mis buenos deseos y con motivo de haberlo solicitado, me colocó la linda flor en la solapa de la chaqueta, sujeta con el mismo alfiler que la había sujetado sobre su pecho.

Como en los ensueños no hay pensamiento fijo, aquí, en un momento, se cambió la decoración y me trasladé, mejor dicho, se trasladó mi espíritu á otra parte.

De buenas á primeras, caminando sin saber por dónde, me ví en medio de un camino, bastante habitado y que parecía al principio una calle; yo jamás había andado por aquel sitio, pues desconocía completamente el terreno. Muy cerca de allí á unos ocho metros del camino, había un ancho río.

A la par de aquel río estaba la casa de mi adorada.

De pronto vi salir el Sol, y á poco rato

oí un golpe sobre madera; muy cerca de mí, vi abrirse una ventana y aparecer en ella á una joven.

Pensaba, que sin darme cuenta había llegado á tan descado sitio.

No sabía si alegrarme ó sentirlo.

Estaba casi persuadido de que la joven que había asomada á la ventana, era la misma que me había colocado el día anterior la blanca flor sobre la solapa. Veía muy bien la misma cara con la misma hermosura, que había visto y contemplado en otra ocasión.

Me alegraba encontrarme en aquel lugar, en que sólo ella me acompañaba, y en el que solamente se oía el murmullo del agua del cercano río y el canto de los pájaros que anunciaban el nuevo día.

La hora de hacerla mi declaración de amor, había llegado.

Pero ¡oh desgracia!

En el momento en que yo me acercaba á los hierros de la ventana y en el que esperaba oír una palabra de amor de labios de mi amada, oí otro golpe y me desperté instantáneamente.

Todavía con la pesadilla que me dominaba, me precipité á asomarme al balcón y comprendí lo que había sido: todo fué un sueño.

Aquellos grandes golpes que yo en mis halagüeños sueños tan bien oía, los daba el sereno á la ventana de un vecino mio para despertarlo.

VALENTIN MARTINEZ Y SICLUNA.

FUCHI MORRALI

Delicioso aspecto presenta el Arrenal con todos los trastos para la instalación de nuestra feria.

Ahora el paseo que damos todos los chicos de la aristocracia murciana (1) es por nuestra deliciosa Glorieta, para contemplar á todas nuestras bellezas,

(1) Esto sin modestia.

